

mosa situacion y frescura de aquel umbroso sitio, lo constituyen un asilo, no ménos agradable que seguro. Mas ya porqué se ignoren sus ventajas, ó porqué la avaricia las menosprecie, como demasiado sencillas y fáciles, esta isleta estaba solamente habitada por una familia, que disfrutaba allí de los tesoros del buen cultivo, de una perfecta salud, que es el mejor de los bienes, de la amable tranquilidad y de la satisfaccion interior, en vez de los placeres dispendiosos, y criminales por lo comun, de las ciudades. Charette había tratado en otro tiempo á estas buenas gentes, y á ellas y en su vivienda determinó dejar al tierno Cárlos, teniendo sin embargo la precaucion de ocultarles la funesta brillantéz de su nacimiento. Su aya, que con su cariño, desvelos y fidelidad se había ganado el afecto del real alumno, y era por lo mismo merecedora de nuestra confianza, fué la ú-

nica á quien comunicamos este proyecto, cuya ejecucion nos facilitó el empleo de Charette. Compré una barquilla, y gobernándola nosotros, trasladamos á la ribera opuesta al interesante huérfano, á quien la desgracia había hecho prudente y discreto, á pesar de su delicada salud. Púsose contento en extremo, cuando se vió en aquella deliciosa campiña, donde la naturaleza ostentaba sus maravillas en la mas risueña estacion. La verde yerba, de que el rocío hacía destilar líquido aljófár; el magestuoso aspecto de la frondosidad de los robles y pinos; las dóciles y plateadas ramas de los sauces; los zarzales, coronados de una graciosa diversidad de flores; el gorjeo de mil pintados pajarillos, que saltando de rama en rama, trinaban sus alegres y variados cantos, á par de una clara fuente que allí junto murmuraba; el vistoso esmalte de los prados y sotos; el estendido



horizonte, matizado con innumerables nubes de todas formas y colores, entre cuyos celages se descubría el cerúleo cielo; el viento, que meciendo blandamente las moradas violetas, llenaba el ambiente de olorosa fragancia; y el sordo y lejano estruendo de las olas, que estrellándose en la costa, arrastraban las pardas y blancas guijas con ronco ruido; todos estos objetos debían asombrar y conmover á una criatura, que no había hecho mas que llorar tanto tiempo, y que gozaba por la vez primera del desahogo de la libertad. Deramó Cárlos sonriéndose algunas lágrimas, hijas del reconocimiento y de la sensibilidad; pero fué mayor su sorpresa y alegría, cuando al son de un caramillo acompañado de un tamboril, acudieron dos hermosos niños, que presentaron á sus piés cestas de frutas, y le pusieron en la cabeza una guirnalda, formada de jazmines, rosas y madresel-

va. Había dispuesto esta sencilla fiesta el cuerdo general, que encontró los actores en los hijos del solitario. Abrazólos enagenado el príncipe, y enseñándonos la corona que acababan de ceñirle, esta, dijo, no cuesta sangre, y por eso es mas apreciable.

Los cortesanos del monarca campestre nos acompañaron á ver á sus padres, que nos estaban esperando, aunque ignoraban que su huésped fuese el hijo del rey; y así es que le recibieron como un recomendado de Charette, á quien tanto estimaban. Nos dieron una abundante y sabrosa comida, presentándonos fresca leche de una hermosa vaca que pacía en la vecina huerta, esquisitas legumbres, y sazonadas y olorosas frutas.

La muger del huésped nos convidó despues de comer, á que viésemos los primores de su habitacion. Cárlos se entretuvo particularmente mirando un re-



bañito de carneros y cabras, entre las cuales había tres vacas, dos novillos y un toro; y no llamó ménos su atencion la estructura de las colmenas y la industria de las abejas. Todo lo observaba, haciendo juntamente muchas preguntas y reflexiones, que probaban su gusto y talento. El jardin, la huerta, el bosque, el arroyo y el prado suministraron materia á nuestra conversacion. Ya nos disponíamos á dejar aquel divertido albergue, en que había de quedar nuestra preciosa prenda, cuando la huéspedea nos habló en estos términos: No sé, señores, si proponer á Vds. que concluyan su paseo, visitando un lugar, que yo aprecio sobre manera, y que no puede ménos de escitar el sentimiento en el corazon de Vds. Sin embargo, como Vds. no son del número de aquellas personas que se avergüenzan de derramar lágrimas de compasion, juzgo que se alegrarán de ir á a-

quel sitio, que respeto como un santuario. Sirvanse Vds. seguirme. —

Nos encaminamos por un campo de alfalfa, que terminaba en una colina, por la cual trepamos, bajando despues por la parte opuesta, cuyos piés besa un abundoso arroyo, que aquellos prados fertiliza. Había para pasarlo un puente formado de tablas, puestas sobre dos grandes vigas. Se divisaba en la otra orilla un bosquecillo, lleno de espinosas zarzas y puntosas cambroneras, y rodeado de infinitas breñas: había muchos pinos, que por su opaco ramage y duro tronco, hacían una maravillosa contraposicion con las flexibles varas y argentadas hojas de los sauces, y algunos elevados álamos, que movidos mansamente por el viento, formaban un suave y blando susurro. Tardamos poco en llegar á una estrecha calle de cedros y cipreses, cuyas espesas copas apenas dejaban penetrar algunos rayos del sol.



Era el suelo de fina arena, y el campo estaba por ambas partes vestido de verde césped, y matizado con la blanca azucena, con el cárdeno lirio y la olorosa clavellina, aunque se veía en algunos trechos la amarga adelfa, la humilde escabiosa y la purpúrea adormidera, como para denotar que aquel sitio lo era de luto y llanto. Había al extremo de esta calle un cenador ovalado, que tenía al rededor un cerco de altos tejos, y en medio un fúnebre monumento, construido de grandes piedras, toscamente labradas y cubiertas de delicado musgo. Algunos tuyas rodeaban el túmulo, en forma de candeleros, y tres grandes y hojosos sauces lo cubrían con la sombra de sus jurtas y caidas ramas. Las palabras de nuestra conductora, aquel lóbrego y escondido retiro, el respetable aspecto del sepulcro campestre, el misterioso silencio que se guardaba en todo aquel contorno, el involunta-

rio recuerdo de los pasados acontecimientos, y el penoso presentimiento de los venideros, todo contribuía á inspirarnos un respeto religioso, acompañado de terror y de compasion. Pero estos confusos afectos, que es mas fácil sentir que esplicar, se trocaron en amargo dolor, cuando habiéndose arrodillado los hijos de la huéspeda delante del túmulo, vimos una lisa lápida, en que aun no habíamos reparado, la cual tenía esta triste y patética inscripcion:

A LA MEMORIA DE LUIS XVI,

DE MARÍA ANTONIETA

Y

DE MARÍA ISABEL,

VÍCTIMAS DE LA TIRANÍA.

Carlos, fuera de sí y medio desmayado, se arrojó con los brazos abiertos